



- ¿Quién es ese que te ha saludado?
- Un conde que el año pasado me hizo el amor y me regaló un aderezo de brillantes...
- No seas cursi, Enriqueta, ¿quién te pide tantas explicaciones?

PLUMA Y LAPIZ

Número 147





En 1800 y tantos.

La voz del muerto

CHARLÁBAMOS de sobremesa cinco ó seis amigos. Y como casi siempre hablábamos de mujeres y de amor. ¿De qué se va á charlar cuando se ha comido bien?

—No hay otro amor,—decía uno,—que aquel que se inspira por uno mismo. Todo lo que dicen de amor que nace de semejanzas es pura bambolla.

—Lo mismo creo.

—Pues yo aseguro que os equivocáis de medio á medio,—exclamó Fanjul.—He visto mujeres que amaban á un hombre porque se parecía á otro á quien quisieron antes, y hombres que adoraron á una mujer porque les recordaba algo de otra que les había querido ó que les había engañado.

—Bueno, en teoría muy bien; pero ¿á que no citas ningún ejemplo concreto?

—Es verdad; de momento no recuerdo ningún caso...

—¡Ah! Ya caíste.

—Aún no he terminado.

—Veamos, pues.

—No recuerdo ningún caso de amor por semejanza; pero sí uno más raro todavía. No podéis dudar de él porque á mí mismo me ocurrió y ya sabéis que no miento casi nunca.

—Concedido; te creeremos; cuenta.

—Tú, Jiménez, y tú Autrán, debéis recordar que tenía yo un hermano que me llevaba diez ó doce años y que murió siendo aún joven y cuando yo contaba apenas catorce años.

—Sí.

—Sí, lo recuerdo.

—Mi hermano Eugenio dibujaba con una facilidad y soltura pasmosa. Seguro estoy de que habría sido un buen pintor... Pero esto no hace el caso. En un álbum de bolsillo, que á veces curioseaba, yo tenía cuatro ó cinco retratos de una misma mujer. Los había de perfil, de frente y uno, apenas apuntado, en que la misma mujer estaba tendida, medio desnuda, con el pelo suelto. ¡Qué emociones había despertado aquel apunte en mi imaginación de muchacho precoz y nada casto! Estaba poco menos que enamorado de aquella desconocida que tan bien conocía, en efigie. Cuando murió mi hermano me quedé su álbum de apuntes, y muchas veces lo abría para contemplar

á la desconocida. Era joven, muy bien formada, rubia, graciosa y más que bella linda, muy linda, con algo de eso que los franceses llaman la *beauté du diable*. ¡Cuántas veces había soñado en ella! ¡Cómo envidiaba á Eugenio que debía de haberla conocido, tratado y amado!

—Bueno, ¿vas á contarnos que te enamoraste por retrato?

—No seas botarate y atiende hasta el fin. Antes de

cumplir quince años hice la chiquillada de alistarme como voluntario. La guerra civil estaba en su apogeo. Durante dos años, hasta que terminó, seguí la campaña. Cuando volví el niño se había convertido en hombre. Era alto y robusto, y las fatigas padecidas, el color quemado de mi cara, me hacían aparecer de más edad que la que realmente tenía. Cambié la voz de niño por la de hombre y se parecía tanto á la de mi hermano muerto que algunas veces yo mismo me sorprendía al hablar, pues creía estar oyendo á Eugenio.

—¡Ah, ya!

—¿Ya?—replicó Fanjul sonriendo;—aun no, muchacho, aguarda. Volví á la ciudad al terminar la guerra. Una noche había ido al teatro con un amigo. Llegamos que estaba ya empezado el acto. Nos sentamos armando el menor ruido posible. Delante de nosotros había dos señoras muy elegantes. Sentados como estábamos detrás de ellas no podíamos verles la cara, pues seguían con mucha atención el drama, ó la comedia, no lo sé á punto fijo.

Terminó el acto.

—¿Qué te parece?—preguntó mi amigo.

—Que me aburro,—contesté á media voz.—

Aun no había acabado de pronunciar aquellas palabras cuando una de las vecinas de la fila de delante se volvió como obedeciendo á un impulso irresistible. Se volvió casi por completo, me miró con fijeza y como muy emocionada. Yo, á mi vez, quedé asombrado, sin darme cuenta de lo ridículo que debí parecer á aquella señora, pues la miraba como embobado. Era mi desconocida, la de mis sueños, la de mis deseos. Era mucho más guapa que en el retrato, ó así me lo pareció cuando menos. La vida, animando aquellas facciones admirables les daba un encanto soberano.

Las mujeres son mucho más decididas que los hombres. Yo no me atrevía á decirle una palabra aun cuando me moría de ganas. Ella habló unos momentos con la señora que la acompañaba y después, sin preámbulo alguno, volvióse de nuevo hacia mí y me preguntó:

—¿Es usted hermano de Eugenio Fanjul?

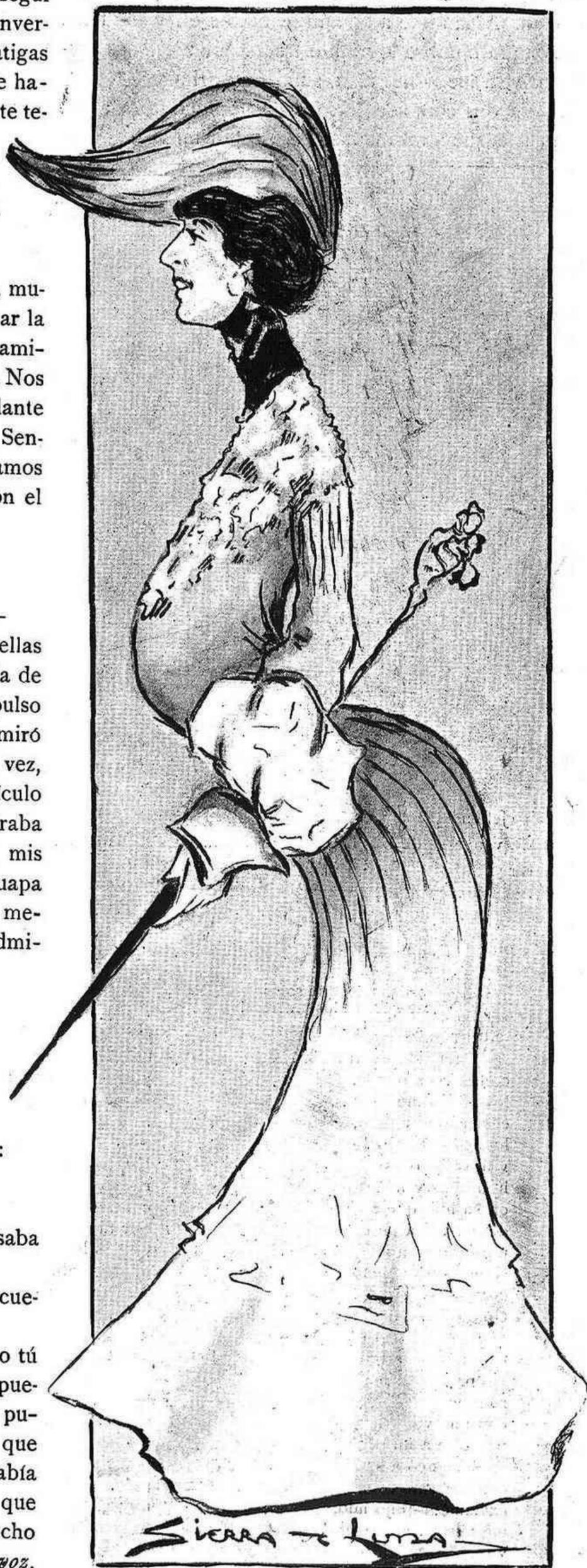
—Sí, señora.—

Hablamos. Mi bella interlocutora no se cansaba de oír mi voz.

Algunos días después su brazo rodeaba mi cuello y me decía Olimpia:

—Crearás que soy una mujer sin pudor. Pero tú no sabes, niño, cuánto amé á tu hermano. No puedes imaginar cuánto le lloré. Murió sin que yo pudiera verle. Murió sin haber obtenido de mí lo que tú, sin esfuerzo has alcanzado. Al saber que había muerto sentí haberle privado de una dicha que habría sido la mía también. Mucho le lloré, mucho le recuerdo. Y cuando en el teatro oí tu voz, *su voz*,

COMO DEFORMA LA MODA LOS CUERPOS, por SIERRA DE LUNA



creí volverme loca. Experimenté una alegría infinita y no quise perder de nuevo un amor que tus miradas, que también me recuerdan las tuyas, me ofrecían. Amándote á ti, aún le amo á él, y soy feliz. Ningún hombre logrará estrecharme entre sus brazos y tú me tienes tuya, sumisa y cariñosa.—

Ya veis como se puede amar por la semejanza, puesto que á mí me han amado por mi voz.

—Y ¿cómo terminaron tus amores? — preguntó uno.—

Fanjul no contestó. Al cabo de unos momentos señaló con la mano la primera claridad del alba que borraba poco á poco las estrellas:

—Una luz sucede á otra luz, — dijo, — y la que apunta vela á la que se extingue.—

A. RIERA

EL ETERNO PRETENDIENTE, por ORTIZ



El Jefe no quiere recibirle y me ha dicho que siempre que usted venga se dé con la puerta en las narices. Cumplo su encargo...



... Y ¡velay!..

¡Solo!

¡Dios mío, que solos se quedan los muertos!

ESTABA la pobre tendida en el lecho, con la cara pálida, los labios muy secos, el pecho abultado, húmedo el cabello y fijos los ojos hundidos y muertos, en su hijo que estaba del cuarto á un extremo, mirando á su madre, silencioso y quieto como si quisiera comprender aquello que para él aun era profundo misterio. De pronto la madre, rompiendo el silencio, con una voz triste parecida á un eco, que arrancó á su lengua, con supremo esfuerzo, exclamó:—¡hijo mío, me mueró, me mueró!— y él, sobrecogido vino á mí corriendo,

se ocultó en mis brazos temblando de miedo y dijo á mi oído: —¿Se mueré? ¿Qué es eso? —

Estaba en la caja, rígido su cuerpo contraído el rostro por fúnebre gesto, lívidos los labios, los ojos abiertos, como si aun quisiera con postrer anhelo contemplar al hijo que fué su embeleso. Dos hombres extraños, vestidos de negro, clavaron el tape y á sus golpes secos parecía oirse salir de allí dentro, no sé que rumores fingiendo lamentos. Cargáronse en hombros la caja y salieron;

y entonces el hijo se agarró á mi cuello, y, como si hubieran descorrido un velo y de su desgracia ya sintiese el peso, prorrumpió en sollozos, angustiado y trémulo y gritó en mi oído con vibrante acento: —¡Que venga mi madre! ¡Me la quitan esos!—

Quise consolarlo de sus sufrimientos, pero no hallé frases para su consuelo, y en su cara de ángel estampando un beso bajé la cabeza pensando en silencio: —¡Dios mío, que solos nos dejan los muertos!—

M. BERDEJO CASAÑAL

Zaragoza.

Vorrei Morire

Yo quisiera morir en pleno día
viendo llegar al sol desde mi lecho,
como un amigo alegre y satisfecho
que viene á visitarme todavía.

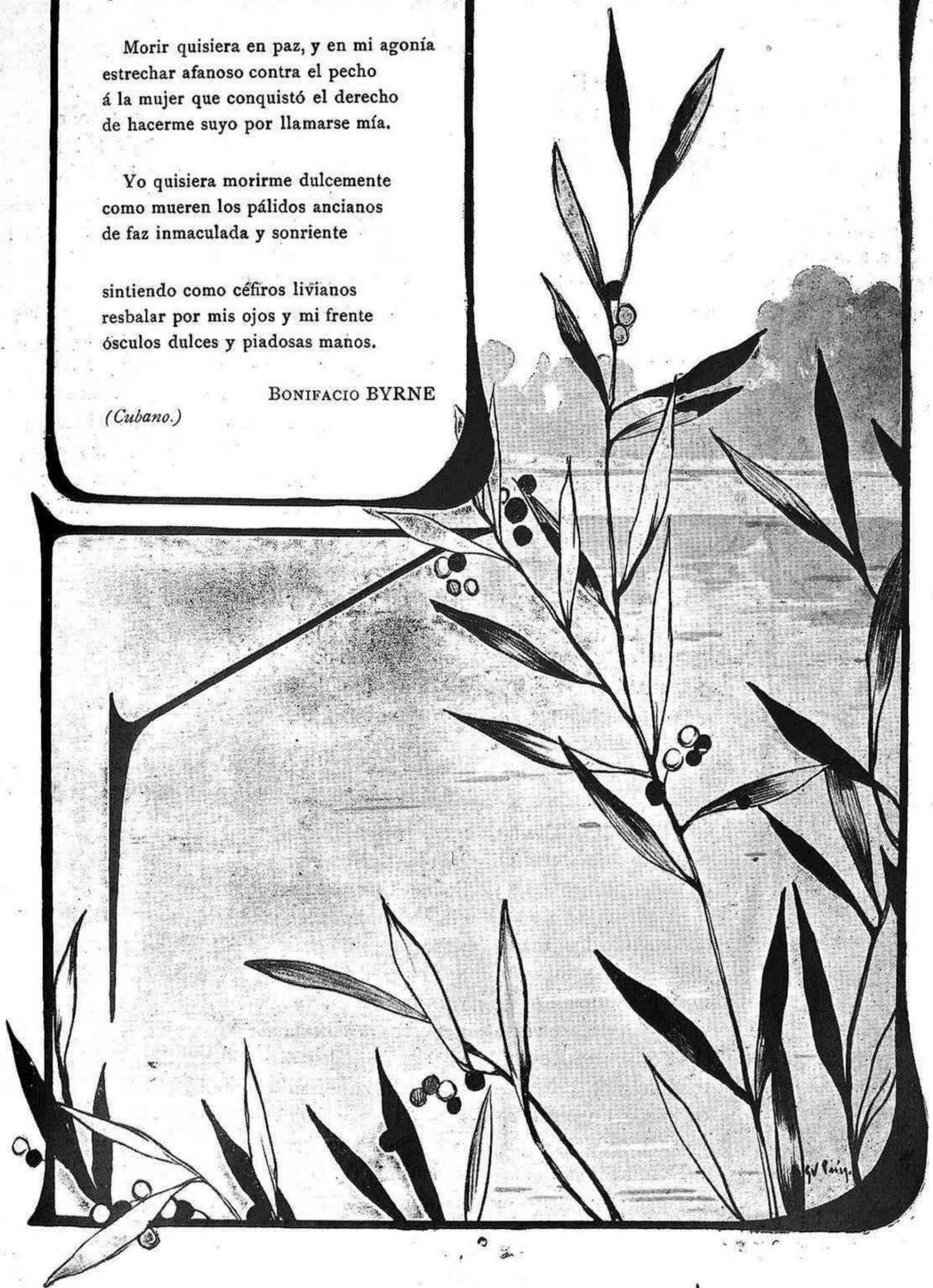
Morir quisiera en paz, y en mi agonía
estrechar afanoso contra el pecho
á la mujer que conquistó el derecho
de hacerme suyo por llamarse mía.

Yo quisiera morirme dulcemente
como mueren los pálidos ancianos
de faz inmaculada y sonriente

sintiendo como céfiros livianos
resbalar por mis ojos y mi frente
ósculos dulces y piadosas manos.

BONIFACIO BYRNE

(Cubano.)



La pluma

Artículo dedicado á un amigo al enviarle una pluma en el día de su santo

QUISIERA poseer la pluma de Cervantes para describir la importancia de la pluma.

Sean mil veces cantadas las excelencias del pincel que nos ofrece el trasunto de un ser amado, las del buril que graba lo que anhelamos permanezca indeleble, y las del cincel, al cual se deben primorosos labrados y filigranas; yo siento idolatría por la pluma.

Las Bellas Artes necesitan, para manifestarse, de la dovela, de la paleta y del buril, instrumentos fabricados por la mano del hombre; la literatura se sirve de la pluma, que no ha sido creada por el ente humano.

Si la pluma fuese altenera, podría engreirse de su noble alcurnia, de su preclara estirpe, de su árbol genealógico, de su respetable vetustez, pues la pluma es más antigua que Adán y Eva. Las aves del Paraíso tenían plumas.

El prisma refleja los colores del iris, la pluma es

más omnipotente, porque refleja todos los tonos del sentimiento, todos los matices de la pasión, todos los perfiles de nuestra fisonomía moral.

El límpido arroyo retrata las flores que brotan en sus orillas, el mar retrata el cielo, el nítido estanque la luna y las estrellas, la plancha fotográfica el cuerpo humano; pero sólo la pluma tiene el poder de retratar el alma.

La pluma es de todos los objetos materiales el más inmateral; la pluma no es una *cosa*, tiene vida; ella corre, revolotea, tiembla y se estremece como mujer nerviosa.

Dominada por la influencia del espíritu, la pluma se halla en relación con nuestro ser psicológico, no recibe

sus movimientos de la mano que la sujeta, sino de la imaginación que la guía. Obsérvese la manera de manejar la pluma de cada individuo, y se conocerá su carácter y su temperamento.

Los médicos modernos que se dedican á estudiar las enfermedades del cerebro, para conocer los grados de enajenación mental de un paciente le hacen escribir, y al analizar la forma de la letra calculan con exactitud el estado del enfermo.

La pluma es la propagadora de la idea, el vehículo del pensamiento, el intérprete de la inteligencia, la aguja imantada que extrae los rayos de la mente; el espejo del corazón, el hilo que transmite la electricidad del genio, la inmortalizadora de la palabra.

¡Oh pluma, cuán inconmensurable es tu poder! Tú has sabido crear un *Paratso*, un *Olimpo* y un *Infierno*. Tú has erigido una nueva *Ferusalén*, cuyas armonías han llenado el orbe.

Tú nos has descrito el más avasallador de los afectos, cuando has sido encendida por el ardiente fuego de Safo, de Ovidio y del Ariosto. Apriionada por Teresa de Jesús, has definido los éxtasis, los místicos deliquios, los arrobamientos de una alma enamorada del Creador; impelida por Sófocles, has producido la compasión; agitada por Esquilo, el terror. Bajo la mano de Sócrates has encarecido la virtud, bajo la de Calderón has sublimado el honor, bajo la de Jansenio has hecho más rigurosa la moral.

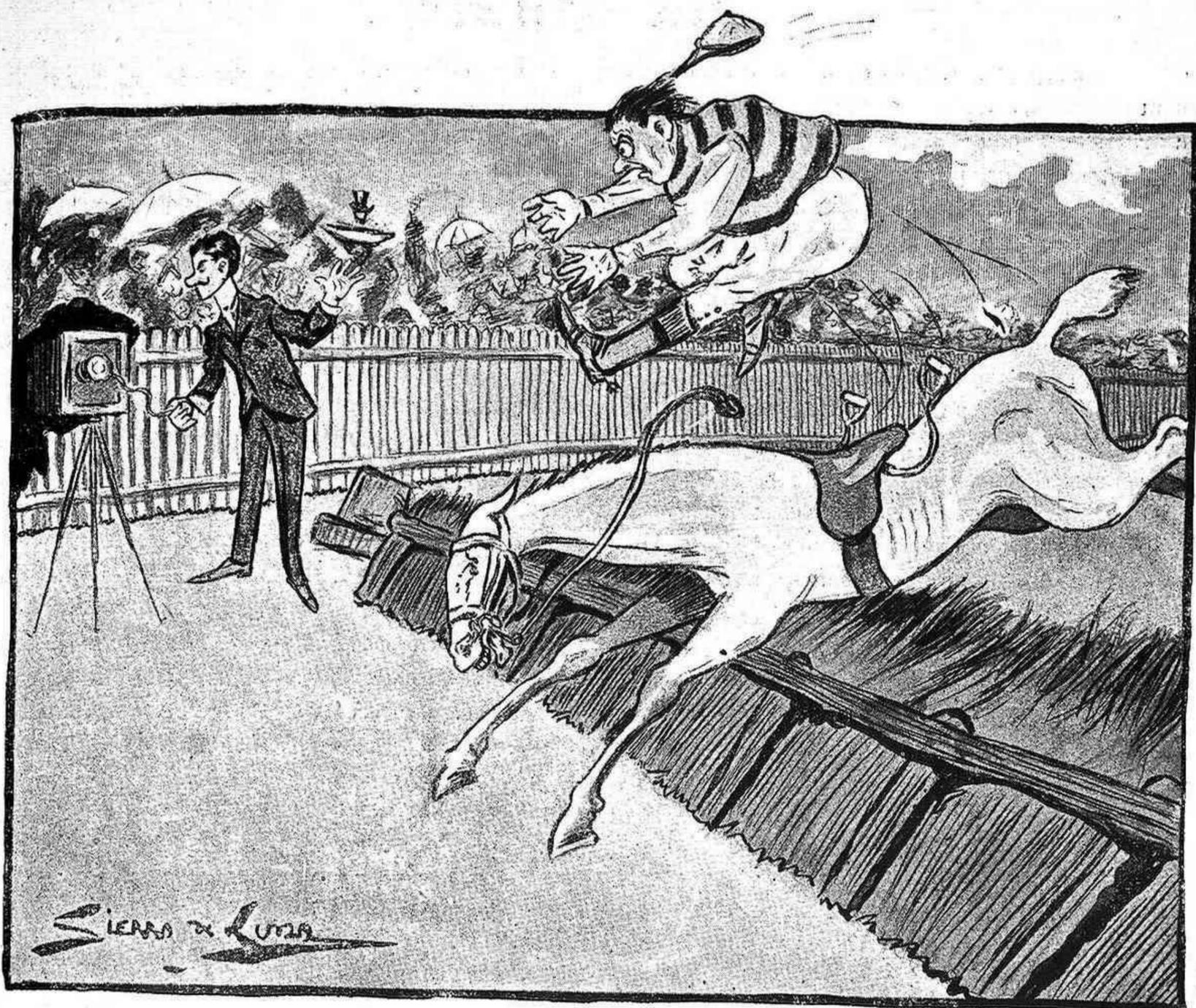
Tú has sido el plectro del elegante Horacio, la lira de



—¿Qué habrán querido indicarme al decirme que me adorno con plumas de ganso?



—¿Qué habrá querido decir aquel tipo al asegurar que soy ligera como una pluma?



El fotógrafo al jockey que vuela: — ¡Quieto así un momento!...

Corina, el escarpelo de Balzac, el látigo de Juvenal y de Boileau. Tú has reproducido las tempestades del cerebro de Byron, te has hecho eco de los puros acentos de Petrarca, has aclarado el genio simbólico de Hesiodo, has transmitido á las plantas la palabra de La Fontaine, has dado vida á Eloísa, Beatrices, Penélopes y Lauras.

No existe varita mágica que pueda atesorar los encantos de la pluma. Ella convierte en oasis los eriales, es rayo de sol que á todo presta luz y color, da relieve á los sueños de la fantasía, produce los adorables espejismos de la ilusión, es el eslabón que encadena nuestros pesares y alegrías, la lanzadera que teje nuestros recuerdos y esperanzas en el inmenso telar de la existencia.

La pluma no puede ser nunca uniforme ni monótona en nada; es amena, porque participa de los más variados caracteres. Ella tiene tristezas cual Wornsworth, el melancólico poeta de los lagos; amarguras cual Espronceda; desesperaciones cual Leopardi, dulces creencias cual Lamartine, escepticismos cual Vanini, caprichos cual mujer coque-

ta, y hasta inconsecuencias cual político español.

La pluma posee una fuerza creadora incalculable: ella enardeció entre los portugueses, por influencia de Camöens, el amor á la Patria, ese hermoso sentimiento que ha inmortalizado á Leonidas, Temístocles, Escipión y Epaminondas.

La pluma posee también un poder de destrucción que nunca han poseído las antiguas catapultas ni jamás poseerán las modernas armas de nuestras mejores armerías; los hijos del siglo xx lo han comprendido así, y por eso ya no se batían con la espada, sino con la pluma. Entre el bullicio de las fiestas sociales, lo mismo que en la ceremoniosa visita de salón y hasta en la intimidad del *boudoir*, sabe esconder una mujer inteligente las ideas que debe ócultar; pero sus inauditos esfuerzos se estrellan ante la influencia de la pluma. ¡Cuántas reputaciones de mujer se hubieran salvado, si al hallarse enamorada ésta no hubiera sufrido la enfermedad denominada *monomía de la pluma*! He hablado con algunos médicos alienistas sobre este caso patológico tan frecuente en la mujer enamorada, y

todos han convenido en que es un género de locura completamente incurable.

Mucho se habla de lo que se puede coquetear con los ojos, pero nadie ha dicho nada acerca de cuanto puede coquetearse con la pluma. La pluma, en manos de la coqueta, es capaz de desorientar al más frío razonador, porque la pluma en manos de la coqueta concede y niega al mismo tiempo, da luz y sombra, solloza y ríe, alienta y desespera, atrae y rechaza simultáneamente. La pluma de la coqueta es calculadora cual cerebro de matemático, incisiva cual puñal toledano, afilada cual navaja de Albacete, fría cual diplomático inglés, sarcástica cual sonrisa volteriana, y más maquiavélica que el mismo Maquiavelo.

La pluma de la mujer sensible es, por el contrario, cándida, ingénuo, expansiva, veraz, tierna, dulce, transparente, comunicativa, acariciadora. Una mujer enamorada, aunque posea gran talento, es indiscreta al empuñar la pluma.

La pluma es, para la mujer, un enemigo traidor, porque esconde su fuerza y se presenta manso; la pluma es un enemigo implacable que la persigue

de continuo; un enemigo alevoso y vil que delata á su dueña para ponerse al servicio de un desconocido.

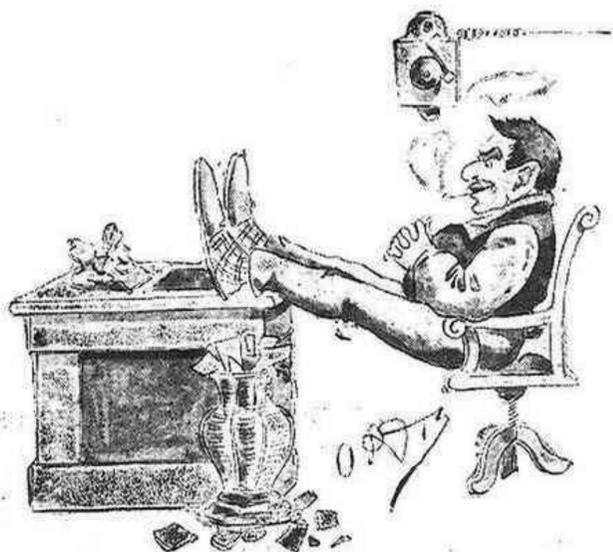
Si las mujeres quisieran oírme, yo les diría: ¡Mujeres, desconfiad de la pluma!

Podrá buscar la mujer, antes de ponerse á escribir, el momento más tranquilo, aquel momento en que crea hallar su mente más serena, su espíritu más reposado y su alma más libre de toda agitación; leerá y releerá la carta escrita, la supondrá muy razonable y muy diplomática, quedará satisfecha, creyendo que la pluma se ha encadenado á su voluntad cual fiel esclava; pero ¡ay! que no cante victoria; la carta habrá terminado felizmente tal vez, pero el triunfo no es completo todavía, porque... *queda la postdata.*

¿Sabe usted amigo mío, lo que es la postdata en la carta de una mujer?

Es la roca que le ha hecho encallar, la tijera que le ha rasgado el antifaz con que se cubría, el bajel que le ha hecho naufragar en el momento más crítico, en aquel momento en que no es posible encontrar cable salvador; es, en fin... el Rubicón de

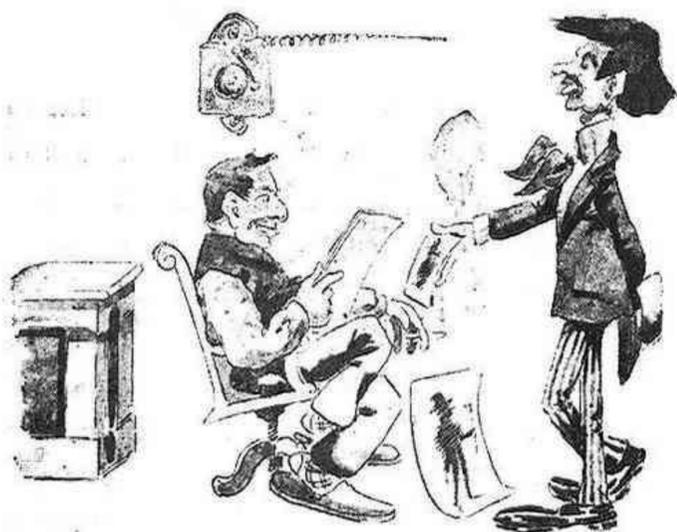
DIRECTOR INTERINO, por ORTIZ



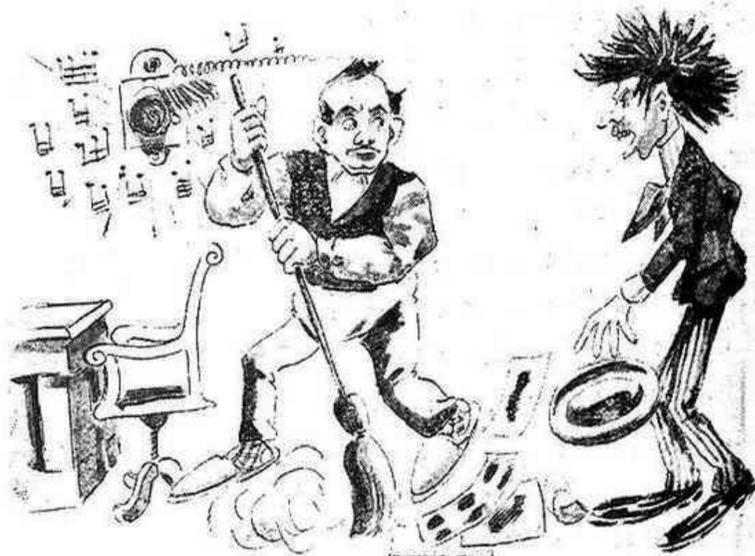
1.— Quisiera ser yo el director del periódico y ¡no serían horas las que me pasaría así!... ¿Llaman?... (Me daré tono.)... ¡Adelante!



2.— Venía á ofrecerle á usted estos dibujitos para su periódico.
—¿A ver? ¿A ver?



3.— ¡Muy bonitos! ¡Muy bonitos! ¿Pero cómo demonios se las arreglan ustedes para pintar esos muñecos?
—Pues... ahí verá usted!...



4.— Trrrrinnnn... (Suena el timbre.)
— ¡Zambombal... ¡El director y yo sin barrer el despacho!...

una mujer: no hay una sola que deje de pasarlo.

Si todavía existe algún hombre capaz de enamorarse verdaderamente y de abrir la carta de una mujer temblando de emoción, yo le aconsejo que principie la lectura de esta carta por la postdata.

—¿Y si no la tiene?— me diréis.

¡Oh! yo os aseguro firmemente que no puede existir carta de mujer sensible sin postdata. Insisto en que se lea lo primero la postdata, porque como la vida es tan incierta, como no tenemos un momento seguro, si le sorprendiera la muerte á un amante antes de leer la postdata de su amada, sería una gran desgracia; pero después de haberla leído... ¡oh! entonces ya puede morir.

La postdata de una mujer es el mejor tratado de psicografía.

Considero, amigo mío, que al ver un artículo tan largo va usted á exclamar: *esto es dejar correr la pluma*, y escribiendo en español *no basta sentar bien la pluma para echar buena pluma*. Yo, que no presumo de poseer *buena pluma* y que escribo en español, lo cual es vivir *desplumada*, tendré que terminar, mas no lo haré sin presentarle á usted antes á mi pluma. Habiéndola puesto en comunicación directa con usted, debe usted saber con quién se las ha habido.

Si lo hago así podrá usted decir: la autora de este artículo no tiene *buena pluma*, pero tiene educación.

Hoy, que son indispensables las presentaciones, debo ser cortés; y ya que me ha faltado inspiración para describir el poder de la pluma, sabré *hacer á pluma y á pelo*, aprovechando la oportunidad de demostrar que no desconozco las fórmulas sociales.

Mi pluma no tiene el elegante negro azulado del ala del cuervo; ni es bella cual la del ánade, ni graciosa cual la de la garza, ni se remonta cual la del águila; mi pobre pluma es muy *pedestre*, y, más que á la del cisne, parece á la del ganso ó á la del avestruz, que son aves de cortísimo vuelo.

Ya ve usted, amigo mío, que tiene muy *mala pluma*.

CONCEPCIÓN.

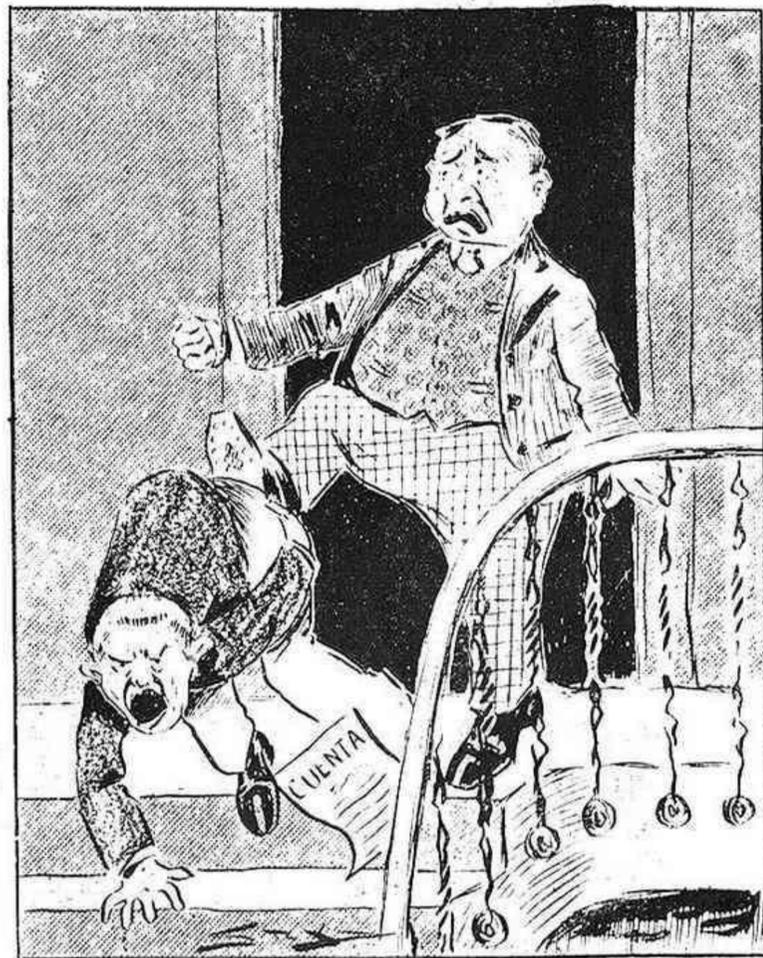
P. D.—Este escrito se hallaría despojado de todos los méritos si no encerrase uno cuya importancia es, sin embargo, relativa. ¿Sabe usted en qué consiste ese mérito? En ser el primer artículo que dedico á un individuo del sexo feo. Mas... ¿qué hago?... ¡Dios mío!... ¡Horror! He revelado la debilidad de mi sexo por la postdata y yo también la escribo... Esto es haber incurrido *dos veces en la postdata*... Decididamente, soy tan *mujer* como todas las mujeres... Ya ve usted, es imposible que ninguna mujer se salve de la postdata, como no ha podido salvarse

CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER

LOS SPORTS MODERNOS, por SIERRA DE LUNA

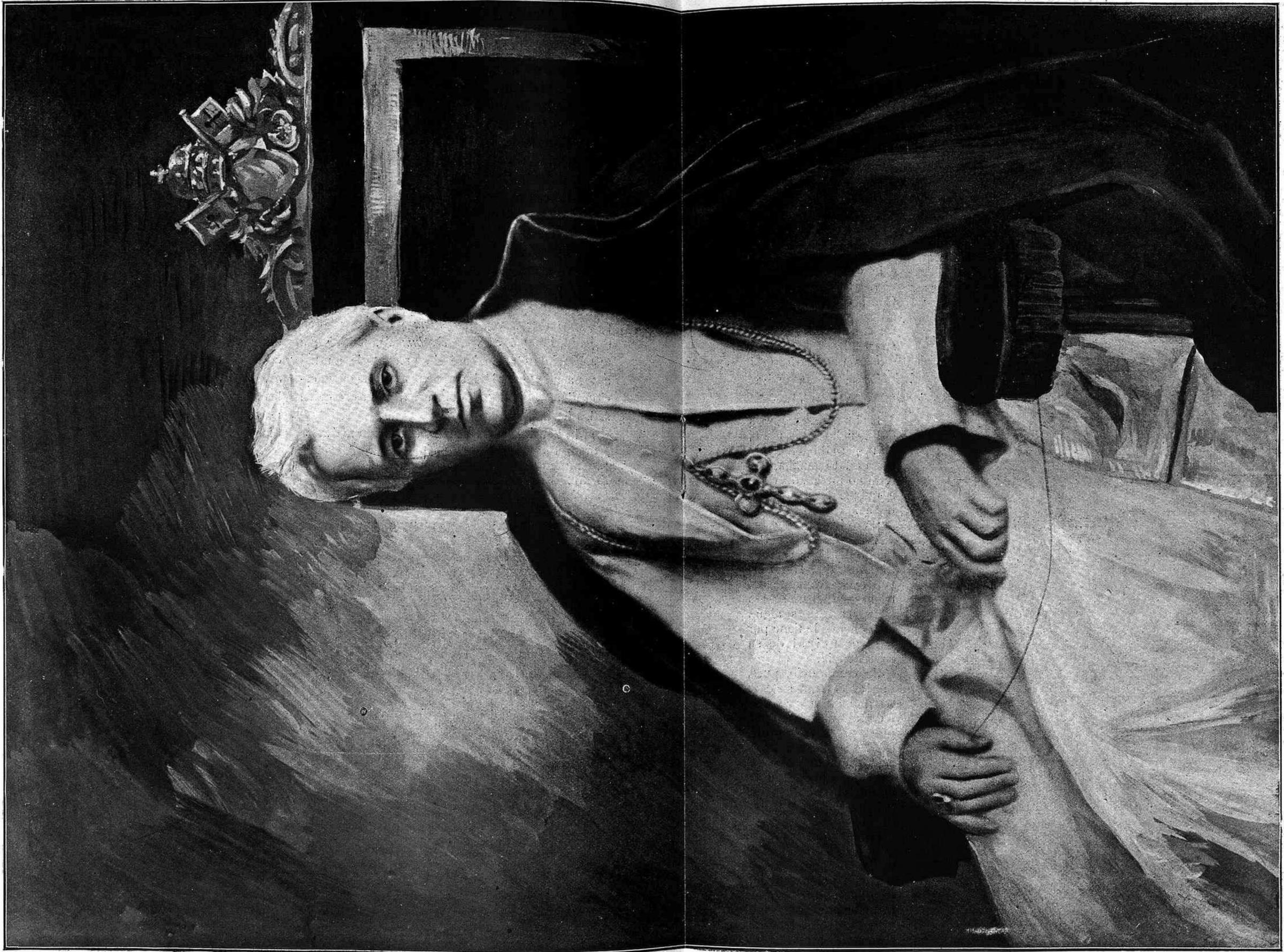


Sport Fox-terrier.



Partida de Foot-ball.

ATENCIÓN DE
LA REDACCIÓN
MAURIT



S. S. PÍO X

BIENHEUR DE
BIBLIOTECA
MADRID

CHISMOGRAFIAS PARISIENSES

Los traperos

HACE unos cuantos años, hubo un prefecto del departamento del Sena que era higienista— porque no siempre resulta incompatible con el cargo de gobernador de provincia la cualidad de defensor de la salud pública;—y aquel prefecto prohibió á los habitantes de París que echaran basura á la calle.

Aquella prohibición iba acompañada de una ordenanza en virtud de la cual cada vecino quedaba obligado á meter la basura de su casa en un cubo metálico de forma y dimensiones determinadas, para ser vaciado directamente cada día en los carros de los basureros.

Tales disposiciones asestaban un rudo golpe á la respetable corporación de traperos. Sin basura en la vía pública, ¿cómo habían éstos de poder ejercer su profesión?

Desde aquel momento desapareció de las calles de París ese tipo popular y legendario que, con su cesta á la espalda y armado de un gancho y un farol, aparecía en altas horas de la noche, silencioso y activo, revolviendo montones de desechos é inmundicias, en busca de lo que las gentes echan por inútil y es, sin embargo, utilizable para una infinidad de industrias.

Y como si aquel golpe no fuese bastante mortal para el traperero, vino otro prefecto que hizo extensiva á todo el departamento del Sena la ordenanza que únicamente alcanzaba al casco de París.

Aquel fué el golpe de gracia para tan honrada corporación.

Los emigrantes de la antigua Cité Doré, cantada por Privat d'Anglemont, y los del barrio de Santa Margarita, que habían trasladado sus bártulos á

Clichy, Saint-Ouen, Asnières, Gennevilliers y Courbevoie, ¿sabe Dios adónde irán ahora á párrar con su gancho y con su cestal

«¡La profesión está perdida!» dicen con melancólico acento.

¡Qué miserial

En los buenos tiempos del gancho y la cesta, un traperero diligente y de buen olfato ganaba, por término medio, de doce á quince francos cada noche.

¡Pero hoy!

Y hay en el departamento del Sena 150.000 traperos, que si no viven exclusivamente del trapo — porque suelen ejercer además algún otro oficio—le tiene por base principal de su subsistencia.

Se comprende, pues, que al enterarse de la terrible ordenanza prefectoral que daba el golpe de gracia á su profesión, se apresurasen á reunirse en la Bolsa del Trabajo, donde proclamaron «la libertad del gancho en la basura libre».

Gracias á los traperos, que recogían en sus cestas los despojos de los perros y gatos que morían, la industria transformaba aquellos despojos en lustrosos sombreros puestos al alcance de todos los bolsillos.



A los traperos debemos la baratura del papel lujoso en que escribimos nuestras cartas de amor. Y hasta parece que les debemos una infinidad de enfermedades de lujo, como el forúnculo, el carbunclo, la tiña, la sarna y la peste, por cuanto esta última consideración ha sido una de las causas determinantes de la medida higiénica que hiere de muerte á la corporación.

La hospitalidad es una virtud laudable, con la condición de no abusar de ella, y la comisión de higiene pretende que los traperos la ejercen de una manera exagerada y que su filosofía es demasiado afecta á la doctrina de las generaciones espontáneas.

Cierta visita oficial, hecha allá, cerca de Puteau, á ese *Rond-Point des Bergères*, que tan vagamente refleja las elegancias de los suntuosos hoteles que le rodean, produjo en los señores higienistas una impresión que había de traducirse en disposiciones administrativas perjudiciales á los traperos.

Hace años que éstos tienen establecido su cuartel general en la Redoute de Gennevilliers, y el *Rond-Point des Bergères*, convertido en anejo del mismo cuartel general, había venido á ser el punto de reunión de un ejército de trabajadores que aplicaban demasiado á su industria la máxima de los especuladores poco escrupulosos, para quienes «el dinero no huele».

En 1892, su reputación se había ya resentido mucho de una coincidencia lamentable. Se habían declarado numerosos casos de cólera en el barrio de Santa Margarita, que era el barrio predilecto de los traperos; y malas lenguas atribuyeron á su falta de limpieza la propagación de la epidemia reinante.

Desde entonces todo ha conspirado contra ellos, y no está lejos el día en que desaparecerá el último traperero de París.

El tipo fué interesante y pintoresco, é inspiró pasiones y obras célebres.

No ha mucho tiempo, iba yo de exploración por los barrios bajos de Saint-Ouen, en compañía de un pobre diablo que me servía accidentalmente de *cicerone*, cuando éste me propuso que entrásemos á tomar un vaso de vino en la taberna del tío Lange, donde suelen reunirse los vecinos del *Petit Mazas*.

—Prefiero visitar antes esa especie de falansterio. —Como usted quiera.—

Mi guía me condujo á un callejón tenebroso y nauseabundo, lleno de fango en que se hundían nuestros pies. A derecha é izquierda se alzaban miserables chozas, por cuyas puertas abiertas salían á mezclarse con la atmósfera, ya impregnada de un nauseabundo olor de podredumbre, las emanaciones de la basura que de todos los barrios de París venía á parar á estos sumideros.

Los traperos se asomaban á la puerta para vernos pasar. Mi presencia empezaba á causar entre ellos viva alarma, cuando mi guía, que era conocido en el barrio, les tranquilizó diciéndoles:

—El señor es periodista. Viene á ver esto para hablar de nuestras costumbres en sus papeles. Podéis hablarle sin temor alguno y repetirá vuestras palabras. —

Entonces abandonaron toda reserva.

Una pareja horrible se acercó á nosotros; él era tuerto y ella delgaducha y pálida; ambos iban pobremente vestidos, sin el menor aseo. Quejábanse

de la carestía de los alquileres. Pagaban dos francos semanales por un pequeñísimo cuarto. Todos los beneficios de su industria pasaban á manos de su casero.

—¿Trabajan ustedes los dos?

—Sí, señor.

—¿Son ustedes marido y mujer?

—No; pero lo seremos pronto. Hay un señor de la Sociedad de San Francisco Regis que se ha propuesto casarnos. Nosotros no lo habíamos hecho por falta de dinero. Son pocos los pobres que pueden casarse, por lo mucho que cuesta.—

Más allá, una vieja preparaba la cena, mientras que su marido, cubierto el demacrado cuerpo con una mala manta, parecía sufrir mucho, consumido por la fiebre, pero resignado y mudo.

—Su marido está muy enfermo,—dije á la mujer.

Y ella me contestó brutalmente, después de dirigirme una furiosa mirada:

—¿Y á usted qué le importa? ¿Es usted de la funeraria, y viene para enterrarlo?

—¿Por qué se enfada usted, señora? Lo que digo es por su bien. ¿Tiene usted lo necesario para cuidar á su marido? ¿Le ve algún médico?—

La mujer se apaciguó y dijo encogiéndose de hombros:

—¿Para qué?... Los médicos y las medicinas son buenos para los ricos que viven mucho. A nosotros, lo mismo nos da. El que se muere acaba de pasar miseria. Cuanto más pronto, mejor.—

La mayor parte de las casuchas estaban desiertas. Los inquilinos del *Petit Mazas* celebraban el domingo en las tabernas inmediatas.

Encontramos una porción de ellos en casa del tío Lange. Bebían sendos vasos de aguardiente y hablaban todos á la vez, interpelándose de una mesa á otra, gritando para hacerse oír, contándose aventuras del oficio. Algunos iban acompañados de sus mujeres, ébrias como ellos y más alborotadoras.

Como la noche se nos venía encima y el camino de La Révolté es peligroso, mi guía aconsejóme que nos internásemos en el barrio de Clichy, donde prometió enseñarme cosas que habían de satisfacer mi curiosidad.

Seguíle por el obscuro pasaje Trouillet y entré con él en casa de la «*mère Michel*», tendera de comestibles de la *Cité Foucaut*, vulgarmente llamada *Cité des Vaches*.

La «*mère Michel*» nos recibió con mucha amabilidad y nos sirvió de comer, por un precio muy módico, en compañía de otros comensales.

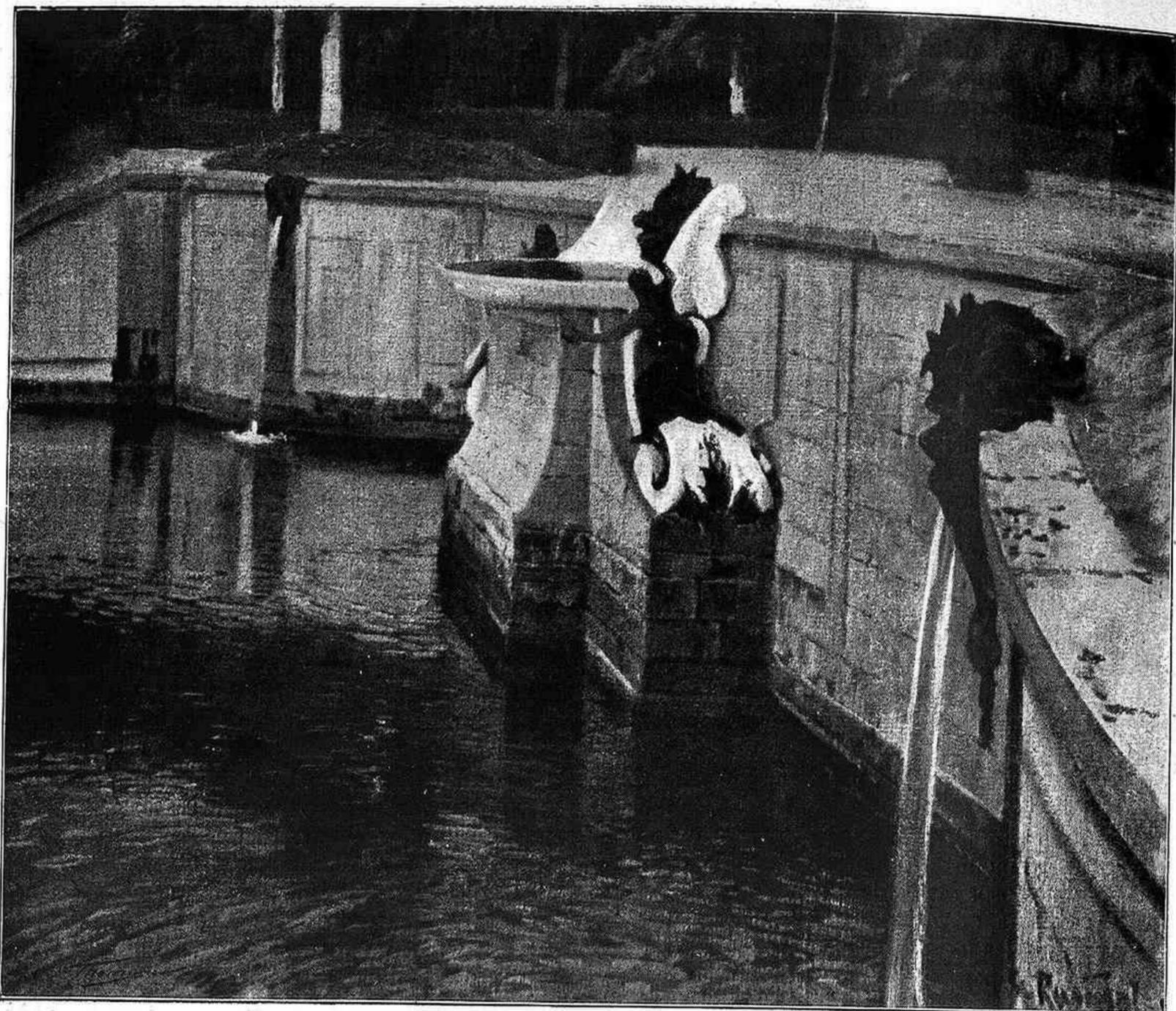
Eran éstos el marido de la patrona, muy conocido en las ferias de los suburbios; la administradora de la *Cité Foucaut*; un viejo que ostentaba en la solapa de su americana una porción de medallas de salvamento, y la simpática hija del tío Lacotte, célebre violinista callejero.

La administradora de la *cité*, persona grave y entrada en años, me habló de sus inquilinos en términos que me llenaron de sorpresa.

—Casi todos los traperos de nuestro pasaje podrían hacer en poco tiempo grandes economías. Son pocos los que ganan menos de seis francos diarios. No pagan patente y su alquiler no excede de dos francos semanales.—

Estos informes no concordaban con las quejas que yo había oído proferir á varios traperos.

JUAN B. ENSEÑAT



LOS CUADROS DE RUSIÑOL

UNA FUENTE DE ESPAÑA

La señorita Perla

Novelita corta por Guy de Maupassant

(Conclusión)

—Sí, señora; ya bajamos — grité abriendo la puerta.—

Y luego, corriendo hacia su marido y cogiéndole por los brazos, le dije:

—Señor Chantal, amigo Chantal, oiga, su mujer nos llama; de modo que tiene usted que tranquilizarse y bajar en seguida. Vamos, repóngase.

—Sí, sí,—tartamudeó él,— ya voy, ¡pobre muchachal Dígale usted que ya voy, que voy en seguida.—

Y empezó á secarse bien la cara con el trapo, que hacía dos ó tres años que servía para borrar la tiza, y luego se presentó medio blanco y medio colorado, con la frente, la nariz, las mejillas y la barba enyesadas, y los ojos enrojecidos aún por el llanto.

—Le ruego que me dispense, — le dije después al oído tomándole por las manos y conduciéndole hacia su cuarto.—Dispéñeme, señor Chantal, que le haya disgustado, pero ya comprenderá que yo no sabía nada.

—Sí, sí, hay momentos difíciles — me dijo estrechándome la mano.—

Después, metió la cara en la palangana; pero como, hecho esto, no me pareciese aún que estuviese presentable, se me ocurrió una idea: viéndole inquieto mirándose al espejo, le dije:

—Diremos que se le ha metido ceniza del cigarro en el ojo y así podrá llorar cuanto quiera delante de todo el mundo.—

Bajó, con efecto, frotándose los ojos con el pañuelo. Todo el mundo se alarmó por este percance y quisieron sacarle del ojo el cuerpo extraño, pero no se halló por ningún lado, comentándose cosas semejante en que había sido preciso llamar al médico.

Yo me había ido al lado de la señorita Perla y la miraba agujoneado por una ardiente curiosidad, por una curiosidad que se convertía en verdadero sufrimiento

En efecto, comprendí que debía haber sido muy hermosa, con sus dulces ojos, tan grandes, tan tran-

quilos y tan rasgados, que no parecía sino que no los cerrase nunca, como hacen los demás mortales. Su tocado era algo ridículo, un verdadero tocado de solterona que no la favorecía nada, aunque tampoco la hacía parecer rara.

Me parecía leer en ella, como había visto un instante antes en el alma del señor Chantal, y que recorría de un extremo á otro aquella vida humilde, sencilla y abnegada; pero un deseo me venía á la boca, el deseo de preguntarla, de saber si también ella le había querido, si había soportado como él su largo sufrimiento secreto y agudo que no se ve, que no se sabe, que no se adivina, pero que se presenta por la noche en la soledad de la estancia obscura. La miraba, veía latir su corazón bajo su vestido, y me preguntaba si aquella dulce y cándida fisonomía había gemido cada noche sobre la blanda almohada, si había sollozado, en medio de la fiebre del caliente lecho.

Y la dije en voz baja, con timidez, como hacen los niños que rompen un juguete para ver lo que tiene dentro.

—Si hubiera usted visto llorar hace un momento al señor Chantal, hubiese sentido pena.

—¡Cómol! ¿Lloraba?— Me preguntó temblorosa.

—¡Oh! Sí, lloraba.

—¿Y por qué?

—Por su causa.

—¡Por mi causal

—Sí, me contaba lo mucho que la ha querido y el mucho trabajo que le costó casarse con su mujer en vez de casarse con usted.—

Su cara pálida me pareció que se alargaba, sus tranquilos ojos se cerraron de pronto, con tal rapidez, que parecieron haberse cerrado para siempre, y cayó de la silla al suelo muy despacio, suavemente, como cae un chal mal colgado.

—¡Socorro!—grité yo—la señorita Perla se pone enferma.—

El señor Chantal y sus hijas acudieron, y mientras buscaban agua, una servilleta y vinagre, yo tomé el sombrero y las de Villadiego.

Salí con acelerado paso, el corazón palpitante y el alma llena de remordimientos y de pesares, pero á intervalos me sentía también contento, pues me parecía que había realizado una obra laudable.

¿Hice bien? ¿Hice mal? Me preguntaba. Tenían aquello en el alma como el que tiene una bala en el cuerpo, después de cerrada la herida. ¿No serán ahora más felices? Será demasiado tarde para que su tortura se renovase y temprano aún para que pudiesen recordar su amor con ternura.

Y tal vez, alguna noche de la próxima primavera conmovido ante un rayo de luna proyectado á sus pies sobre la yerba, á través del ramaje se estrecharían la mano en recuerdo de todo aquel ahogado y cruel sufrimiento, y tal vez también su breve abrazo hará pasar por sus venas ese estremecimiento que no habrán conocido y comunicará á los dos muertos resucitados en un segundo, la rápida y divina sensación de esa embriaguez, de esa locura que da más dicha á los enamorados en un solo estremecimiento que lo que pueden sentir en toda su vida los demás mortales!—FIN.

25 de Junio

A los mártires de Veracruz

SI al destino fatal, vuestra memoria glorificar por el martirio plugo, con la quijada de Caín la historia escribirá la historia del verdugo.

Negra, muy negra es la inflexible suerte que abrir la tumba ante vosotros vino; mas no cambio el honor de vuestra muerte por la vida infeliz del asesino.

De vuestra tumba brotará la idea que la tumba será de los malvados; pues Dios dispone que la sangre sea redentora de pueblos humillados.

¡Dormid en paz, sin odio ni rencores, víctimas de la infamia y la malicia... Quiera Dios que con cráneos de opresores un altar os levante la justicia!!

ANTONIO PLAZA



INSTANTÁNEAS POPULARES

HACIENDO NOVILLOS

(Fot. de Ramos y Cobos.)

Ojeada internacional

(REVISTA DE REVISTAS)

Los Humbert

Si á Dumas ó á Fernández y González se les hubiera ocurrido antes que á Teresa Humbert escribir una novela en qué se relataran unas hazañas parecidas á las que Teresa ha realizado, todos sus lectores les tacharan de exagerados, de novelistas que desconocen la realidad.

Esta estafa colossal que ha durado por espacio de 25 años, ese enredo de las herencias imaginado por Teresa, empieza en 1877, antes de casarse con Federico Humbert. Cayó éste, enamorado ó poco perspicaz en las redes de su mujer, que para decidirle al matrimonio, le hizo bailar ante los ojos dos herencias tan fantásticas como

la que ahora les ha llevado á ellos y á sus dos hermanos ante los tribunales.

La astuta mujer comprendió bien pronto, al ver la facilidad con que se dejaban engañar sus primeras víctimas, todos los recursos que podía sacar su fértil imaginación de una trama mejor urdida y de más cuantía.

Imaginó para ello la herencia de los Crawfords.

A fin de que se creyera más fácilmente en ella, inventó un pleito con otros herederos que le disputaban la fortuna, pero que fueron bastante caballerosos para depositar en sus manos el total de la fabulosa herencia. Encerróla Teresa en una caja de guardar caudales, que parecía una fortaleza y el pleito fué siguiendo su curso. Se fingió dos arreglos y por ellos se pagó al Estado la suma de 123.000 francos. ¿Cómo no habían de creer los capitalistas en la realidad de la herencia al enterarse de que, efectivamente, se había pagado cantidad tan grande?

Ya no hubo ni la sombra de una duda. Afluyó el dinero á la caja de los estafadores como el agua acude al mar. Llevaban los Humbert un tren de casa verdaderamente regio; gastaba Teresa unos 150.000 francos anuales para su atavío; tenía coche, caballos y yates sus hermanos; Federico dos pisitos en París, además del domicilio conyugal; acudían diputados, senadores y ministros á las recepciones que daba el trapisondista matrimonio en la Avenue de la Grande Armée, y todo marchaba á pedir de boca.

Cuando el pleito estaba á punto de terminar y los acreedores alargaban ya las avarientas manos hacia la encantada caja de caudales, un nuevo incidente provocado por los testarudos Crawfords hacía que los leguleyos ganaran más dinero y que los acreedores tuviesen que irse con las manos vacías. Aquel incidente servía para pedir nuevos anticipos. Y cuando el

incidente terminaba surgía otro. Y de tal manera pasaron diecisiete años, sin que nadie se diera cuenta de que los Humbert eran unos vulgares estafadores y de que no había un céntimo en la asendereada caja.

Unos artículos publicados en varios periódicos diciendo que la historia de la herencia Crawfords era un embuste magnífico, y la desconfianza que le entró á uno de los acreedores hicieron que el ministro de Gracia y Justicia se llamara á engaño y descubriera el pastel.

El día antes del señalado para abrirse la caja, tomaron los Humbert las de Villadiego y aun estarían tranquila-



ROMÁN DAURIGNAC



PARMENTIER, PROCURADOR DE LOS CRAWFORDS



TERESA HUMBERT



FEDERICO HUMBERT



EMILIO DAURIGNAC



DU BUIT, ABOGADO
CONSULTOR DE MAD. HUMBERT

mente en España á no ser por el señor Cotarelo y el inspector Caro. Cuando se abrió la caja, se habían evaporado los caudales; no quedaba ni una partícula de ellos.

La estafa era manifiesta. Cuando se cogió á los Humbert apenas si tenían para vivir unos cuantos meses. La fortuna regia estafada á más de cien personas, se había disipado como la herencia Crawfords, como los hermanos Crawfords, como la confianza de los acreedores.

Esta semana se fallará la causa. Veremos si á última hora, como ha prometido Teresa, aparecen los millones y los Crawfords, que quizá se han retirado á aquella quinta de Marcotte, con la que empezó sus estafas la gran Teresa, y que sólo existe en el país de los ensueños.

La catástrofe del Metropolitano

El ferrocarril subterráneo que tanto entusiasmo á los parisienses, ya agradaba á los extranjeros, que pasase siempre por túnel, por debajo de la gran ciudad, teniendo encima la agitación de la vida y á los lados y debajo la quietud casi absoluta de la piedra, acaba de producir una catástrofe espantosa.



M. AUZOME, ABOGADO
DE LOS CRAWFORDS



LA CATÁSTROFE DEL METROPOLITANO: EL LUGAR DEL SUCESO

Eran las siete y media de la noche. Por el túnel iluminado corría un tren que, á consecuencia de haberse producido un corto circuito dejaba detrás de sí una estela de chispas azules. De pronto las llamaradas ganaron las partes de madera del coche. El color cárdeno se transforma en rojo y rojo-blanco. El incendio había empezado. El tren tuvo que detenerse. El Wattman saltó chamuscado, herido.

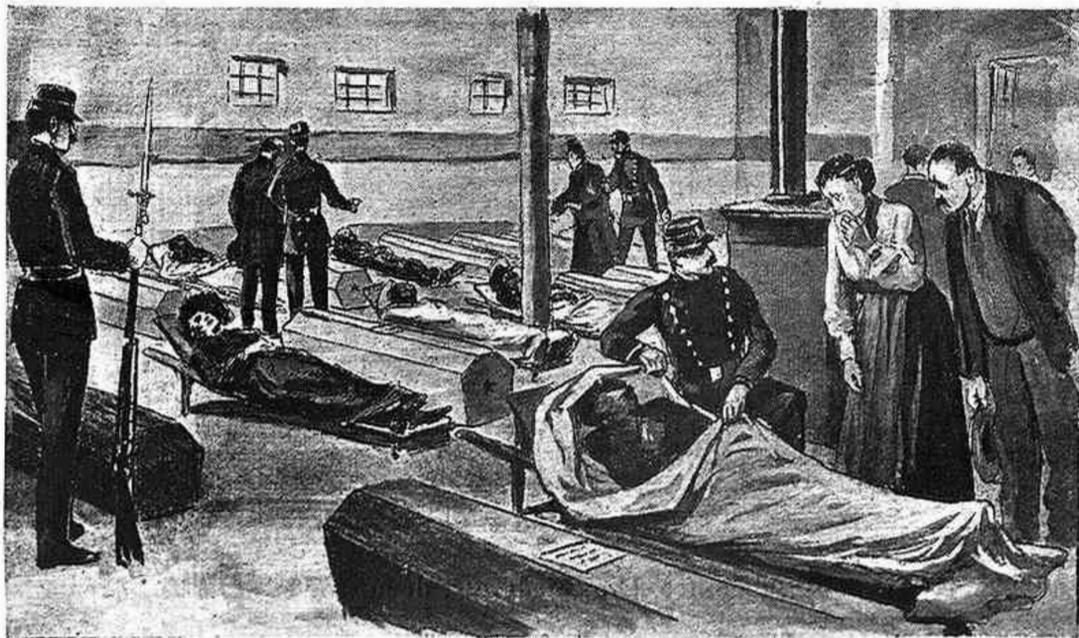
Por suerte aquellos coches iban vacíos; pero detrás, en la sucesión no interrumpida de movimiento llegaba otro tren. Y el túnel se llenaba de humo y, de pronto, antes que los pasajeros se dieran cuenta del peligro que corrían, sonó un estallido, apagáronse todas las luces. El humo no dejaba respirar. Los gritos de las mujeres alocaban á los hombres. Corrián todos por la línea en busca de una salida. ¡Sólo hallaron la muerte! Una pared les cerró el paso. Los que huían

se amontonaron unos sobre otros, lucharon entre sí ya que no podían luchar contra la inflexible piedra. Breve fué la lucha; lastimosa y grande la catástrofe. Dos minutos no habían transcurrido desde que se apagó la luz cuando ya no se oía ni un grito, ni un estertor, ni un gemido. La muerte había realizado su obra.

De aquel sepulcro se extrajeron 85 cadáveres. ¡En qué estado! Ennegrecidos, medio descompuestos por la acción del vapor de agua, sus brazos parecían implorar aún y sus bocas contraídas amenazar ó maldecir.

La horrible escena ocurrió entre las estaciones de Couronnes y Menilmontant. Ahora se exige responsabilidades. Ahora se piensa en airear el túnel fatal; pero ya nadie devolverá la existencia á los infelices que la perdieron cuando, acabada la ruda labor diaria, se dirigían á descansar á su casa. ¡Ahora descansan para siempre!

TEUFEL



LA CATÁSTROFE DEL METROPOLITANO: RECONOCIENDO LOS CADÁVERES





—... y confío, Dios mediante, demostraros, queridos compañeros, de que Dios no existe...

Los juguetes

¿Los juguetes, tendrán alma?

¡Qué ironía!

A esa pregunta, con calma
se responderá algún día...

Mirad bien esa pastora
desde aquí,

¡esa, sin duda, me adora,
muriéndose está por mí!

¡Ved aquel viejito! En verdad
que muy bien

aparece, por su edad,
mayor que Matusalén.

¿Y aquel gallardo tenor
de opereta?

¡Ni más dulce, ni mejor,
otro existe en el planeta!



Sobre mi mesa, plantado
vive un can,
debe estar desesperado,
¡sin un hueso, sin un pan!

¡Qué lindo aquel mosquetero!

¡Qué arrogante!

¡Con la mano en el acero
y la faz amenazante!

Un juguete me enajena
mucho á mí:

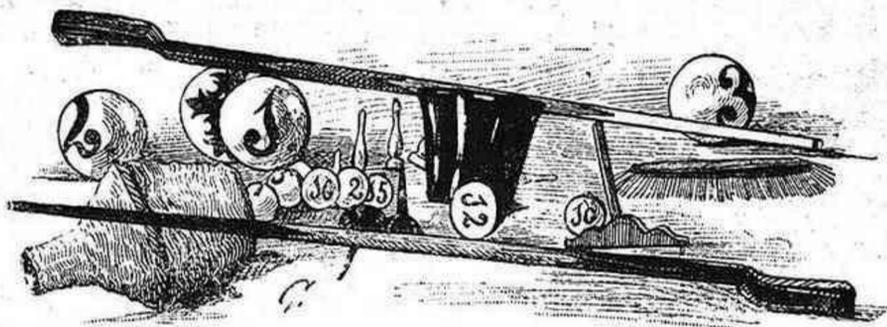
¡es aquella Magdalena,
que está despeinada allí!

¡Un acróbata en mi casa!

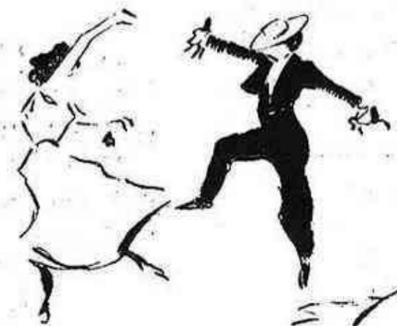
No lo aprecio,
porque la vida se pasa
oscilando en el trapecio...

Aquella es una jauría:

siempre allí
persiguiendo noche y día
á invisible javalí...



Aquel otro es don Quijote:
gallardea
de su Rocinante al trote
y en busca de Dulcinea,



Ofelia y Hamlet—los dos—
allí están;

¡parecen decirse adiós
mirándose con afán!

Hay otro en que estoy fijando
mis miradas:

¡Lady Macbeth procurando
lavar sus manos manchadas!

¡Ved aquel espadachín!

no está mal,
porque á su contrario, al fin,
le abrió en el pecho un ojal.

Hay otro que está adornando
un rincón:

es un loco, apuñaleando
de una ingrata el corazón!

A veces yo me figuro
que respiran,
y que merced á un conjuro,
se me acercan y me miran...

Pero al que yo más respeto,
es á aquel:

¡representa un esqueleto,
perseguido por Luzbel!

De noche, si me desvelo,

— ¡cosa rara! —

le arrojo encima un... pañuelo:
¡tanto horror me da su caral!

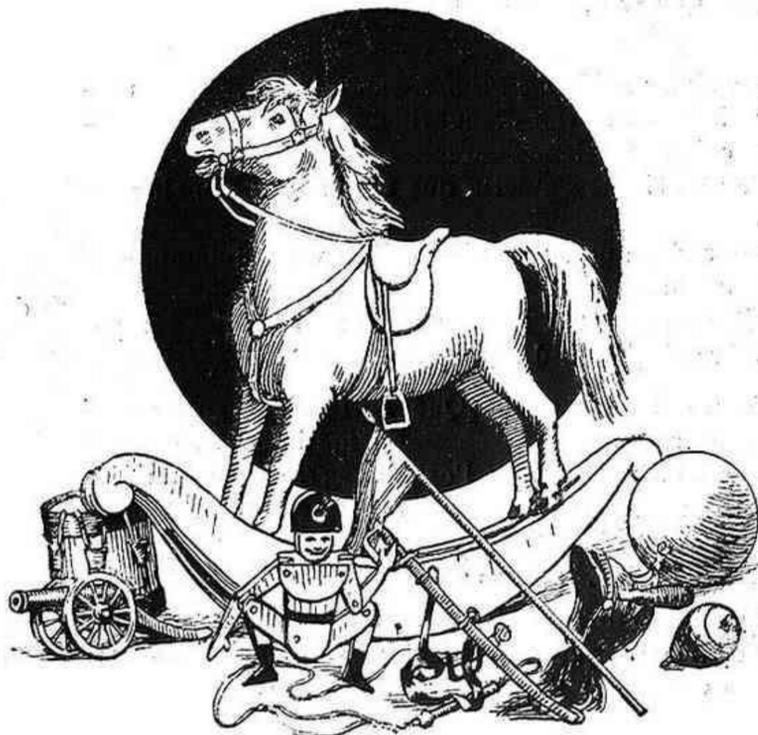


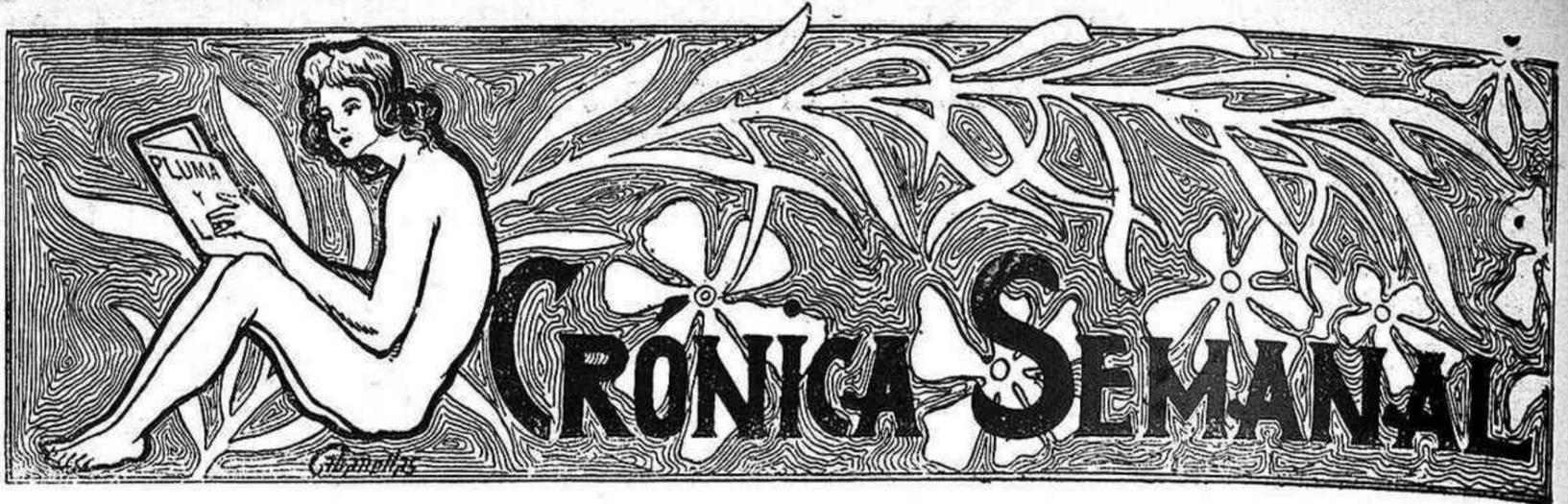
¿Los juguetes tendrán alma?

¡Qué ironía!

A esa pregunta, con calma
se responderá algún día.

BONIFACIO BYRNE





¿Usted leyó durante la semana
la prensa de la noche y la mañana?
Sí que la habrá leído,
porque claro es que usted desearía
estar bien informado cada día
respecto á cuanto hubiese sucedido.
¿Eh, que tristes relatos?
¡Negra crónica extensa
y horrendos, terroríficos los datos
que hemos visto en la prensa!
Primero, allá, en París,
el incendio de un tren;
luego, incendios también
acá, en nuestro país,
en Lugo, en Iscla, en Murcia y en Jaén.
Y hay, en Málaga, lepra que ha atacado
á obreros de modesta condición.
Y en Fort de France,—así nos lo han contado,—
cien casas y campiña y arbolado
destruyó un violentísimo ciclón.
¿Viendo tanta desgracia por doquiera,
quién va á vivir tranquilo?
Es cosa natural que esté cualquiera
con el alma en un hilo...
¿En un hilo, decía?
Bien, mas no de un teléfono ó tranvía
de los que hay en la corte.
¡Por esos hilos mandan pasaporte
para la tumba fría...!

Galdós estuvo en Lérida hace pocos días, para asistir
al estreno de su drama «*Mariucha*.»
La obra produjo un verdadero éxito.
Un corresponsal, entusiasmado, dice: «Se aplaudió con
mucho calor al escritor ilustre.»

De fijo, dirá el lector:
—¡Hombre, no es un caso raro!
Haciendo calor, es claro
que se aplaude con calor!

Cuentan de un sabio que un día—un día de estos últi-
mos,—ha hecho un gran descubrimiento y lo ha transmi-
tido á un colega local.

Sí, señores. Ha descubierto que el perro es el mejor pa-
rarrayos.

Se desencadena una tronada, brillan vivos relámpagos,
caen exhalaciones...

¿Y qué? Como usted lleve un perro, centellas y rayos
caerán sobre él. ¡Y usted... ¡tan frescol

Eso leyó un pobrete ¿Qué haría al ver tormentas?
desventurado No me lo explico.
y decía:—¿A mí truenos, Porque, perros,... ¡no tengo
si estoy tronado? ni un perro chico!

¡Qué maravillosa precocidad!
En el Conservatorio de Bolonia un muchacho de trece
años, nacido en aquella población y llamado Alberto
Spalding es profesor superior con título oficial y figura
entre el Cuerpo docente de aquel establecimiento.
¡Es un mocito notable el bolonio ese!

¡Mire usted qué demonio!
Tan joven y maestro superior.
En cambio hay en España profesos
que enseña, viejo ya y es un bolonio,

¡Anda, anda!
De Madrid ha desaparecido con 800.000 pesetas un co-
rredor de Bolsa.

Un periódico, al dar cuenta de la fuga, dice de él que
últimamente, en los centros bursátiles, había dudas respec-
to á sus condiciones.

Y él, en su afán de hacer ver
que era el corredor mejor,
en cuanto pudo coger
tan gran suma, echó á correr
y... ¡vaya si es corredor!

Según la información
que he visto en *Le Rappel*,
Don Carlos de Borbón
renuncia á ser el rey de esta nación,
y no podemos ya contar con él.
El *Correo Español*, hoy, cabalmente,
tal noticia desmiente.
Bueno es que yo lo anote y lo transcriba.
Conste, pues, que Don Carlos, mientras viva
habrá de seguir siendo Pretendiente.

En casa de un senador,
á un joven que le servía
le dieron el otro día
una tunda... ¡superior!
Dolorido, derrengado,
lanzando ayes de amargura
se fué el mozo en derechura
á contárselo al Juzgado.
Y dijo:—En ustedes fío.
¡Pero, cómo están, señores,
los Cuerpos legisladores...
y cómo me han puesto el mío!

¿Si digo algo respecto al proceso Humbert?
Nada, ni una palabra.
Basta con lo publicado en la prensa, la cual ha hablado
del asunto en forma lata y prolija.
¡Y qué lata!

¡Valientes días
están haciendo!
Calor horrible,
calor inmenso...
Y hay que bañarse,
no hay más remedio,

ya entre las frescas
ondas del piélagos.
ya en una pila
por poco precio,
ya... en el lebrillo
del fregadero!

JULIO MARTINEZ LECHA

F. Giró, impresor.—Calle Valencia, 233, Barcelona.